

**REPRESENTACIONES SOBRE LA POLÍTICA Y LA SOCIEDAD
EN LA CONSTRUCCIÓN PERIODÍSTICA DE HEGEMONÍA:
ALGUNAS CLAVES DE LECTURA EN LA OBRA DE ERNESTO LACLAU**

Edgardo Gustavo Rojas
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Introducción

El objetivo del presente ensayo es explorar, describir e interpretar algunas estrategias discursivas recurrentes en el periodismo gráfico local que se entretajan en torno a determinadas expresiones. Más precisamente, se trata de analizar el empleo de expresiones que refieren cierta “polarización” o “división” social que resultaría una nota distintiva de la política local y regional, como así también ciertas propuestas programáticas que presentarían al “bipartidismo” como una solución deseada. Si bien los artículos considerados fueron principalmente extraídos de los diarios *Clarín* y *La Nación*, para el contexto local, incorporamos también otras fuentes para dar cuenta del alcance regional que, según nuestra perspectiva, tienen estas estrategias discursivas. Asimismo, teniendo en cuenta la perspectiva analítica sobre el discurso, el populismo y la hegemonía de Ernesto Laclau, intentaremos demostrar que los mismos fenómenos adquieren matices sustancialmente disímiles según la perspectiva desde la cual se interpretan las coyunturas políticas.

Ernesto Laclau propone el concepto de nodo discursivo para designar aquellas instancias de producción de discursos donde se condensan los procesos de significación y articulación social (Laclau, 1990 y 2010; Glasze, 2007). Es precisamente en estos términos que nos interesa interpretar las representaciones sobre la política que se tejen discursivamente en torno a expresiones como “polarización” y “bipartidismo”. En primer lugar, porque dichas figuras del discurso periodístico ejemplifican un modo característico de articulación hegemónica: la dicotomización discursiva del espectro social y su significación en términos tropológicos (1) (Laclau, 2003). En segundo lugar, porque su misma recurrencia, sumada a los amplios alcances de los medios periodísticos que las reproducen, funcionan como un potente dispositivo en el establecimiento de la agenda periodística y social (D’ Adamo, O., García Beaudoux, V. y Freidenberg, F. 2000; D’ Adamo, O. y García Beaudoux 2007), componiendo marcos interpretativos que tamizan la “lectura” de la realidad.

Hallamos un ejemplo representativo de estas estrategias discursivas en el modo en que los medios gráficos referidos cubrieron las últimas elecciones en Venezuela. Por una parte, se enfatizó la idea de que el Gobierno y la política de aquel país presentan notables similitudes con sus homólogos en nuestro contexto local. Por otra parte, dicha comparación se cristalizó, principalmente, en imágenes sobre una “sociedad dividida” o “polarizada”, circunstancia que se mostró como un peligro que debía evitarse. Veamos dos breves ejemplos para clarificar cuáles son las estrategias discursivas que constituyen nuestro objeto de análisis:

Venezuela y la Argentina: dos países, un modelo similar. Descalificación a la oposición, **sociedad dividida**, inseguridad e inflación, ejes de la vida cotidiana... Si al bajar del avión en Caracas el visitante recién se despierta de una siesta en su asiento, puede creer que una tormenta obligó al piloto a dar la vuelta y regresar a Buenos Aires. Escucha charlas sobre los precios, la inseguridad, **la sociedad dividida**. Quiere que le devuelvan el pasaje, cree que es una estafa. Pero no, es un espejo... (2a).

Polarización y castigo. Primera conclusión: la polarización que el kirchnerismo pretendió utilizar como táctica en Santa Fe resultó un fracaso. Casi el 80 % de los votantes eligió opciones antikirchneristas (2b).

El discurso de la división/polarización, representado por ejemplos como el que acabamos de transcribir, reproduce y amplifica las representaciones sociales sobre la región de ciertos imaginarios colectivos, tanto de la vida cotidiana como del periodismo, que analizan la realidad política latinoamericana en términos negativos, esto es, en función de las carencias y desviaciones que presenta en comparación con el “ideal” democrático europeo (Mackinnon y Petrone, 1998). En el marco de estas representaciones despectivas respecto de la política regional, asimismo, resulta frecuente calificar como “populistas” al sistema político y sus referentes, entendiendo el populismo como un arreglo irracional, construido sobre la base de fuertes, y al mismo tiempo difusas, dicotomías (Laclau, 2005). Con este empleo peyorativo, “populista” resulta siempre un rótulo impuesto por terceros, ajenos al sistema político que así se califica, dado que los referentes políticos de América Latina no suelen designarse a sí mismos de este modo (Mackinnon y Petrone, 1998). En definitiva, los matices despectivos de ambos términos, polarización y populismo, se potencian mutuamente en el plano del discurso. Estos aspectos de cierto discurso dominante sobre la política regional pueden hacerse dialogar de diferentes formas con las lecturas que se han hecho de los mismos fenómenos en el campo intelectual. En nuestro caso, nos ha parecido viable contrastarlos con la propuesta teórica de Laclau dado que sus principales ejes de discusión —la hegemonía, el antagonismo y el populismo— apuntan directamente al meollo de la cuestión. En este sentido, se ha insistido en que la coyuntura regional demanda al campo de las ciencias sociales nuevas categorías analíticas que den cuenta de las nuevas realidades (Caetano, 2006) o nuevas conceptualizaciones de las mismas categorías. Entendemos que la obra de Laclau puede enmarcarse en esta segunda alternativa, y en esa línea proponemos llevar a cabo nuestro análisis, sin desestimar la posibilidad de incluir otras voces del campo intelectual durante su desarrollo.

El peligro amenazante de las dicotomías regionales

El discurso de la polarización impregna las notas de opinión, editoriales y secciones políticas rubricadas por los periodistas más representativos de medios —para el caso argentino— como *La Nación* y *Clarín*. Mariano Grondona, por ejemplo, ha publicado artículos puntualmente dedicados al tema, tales como “El país, bajo el hechizo de la **polarización**” (3) y “Un retrato anticipado de la **polarización**” (4), entre otros. En estas publicaciones, la idea de una sociedad polarizada no se emplea con simples fines descriptivos; antes bien, funciona como una estrategia discursiva en la construcción de valoraciones y algunas directrices programáticas para el propio periodismo, entendido como un actor político. De hecho, se indica que la polarización es...

Un **peligro que afecta la región** [...] La SIP incluyó a México, Ecuador, Venezuela y la Argentina entre los que no respetan a la libertad de prensa [...] Lo que se vive en el país [Venezuela] a consecuencia de la **alta polarización** es atentatorio para el libre ejercicio periodístico (5).

En estas directrices del discurso periodístico, por lo tanto, la polarización se manifiesta en dos planos; por una parte, alarmando a la población sobre la polarización social en términos amplios; por otra parte, señalando una polarización que involucra directamente al periodismo como una amenaza y un peligro que debe evitarse. El siguiente fragmento, de hecho, entrecruza —nuevamente— la comparación Argentina-Venezuela con esta idea:

... hay dos rasgos que valen como ningún otro para hacer parecidos al kirchnerismo y al chavismo. Uno es la **división de la sociedad, la conversión del otro en un enemigo**, la imposibilidad de entender que hay maneras distintas de ver la misma cosa [...] La necesaria crítica periodística es, para ambas administraciones, un obstáculo que responde a intereses económicos, a ideologías extranjeras o al mandato de innominados imperios (6).

Como se aprecia, la imagen del antagonismo amenazante no solo describe la realidad política, sino que además involucra directamente al periodismo. Sin embargo, las lógicas políticas que los medios periodísticos describen en términos de polarización, división y enfrentamiento, entre otras expresiones afines (7), lejos de significar un escándalo, constituyen, desde el punto de vista de Laclau, la nota distintiva de la política por excelencia: la lógica amigo-enemigo propia de todo momento eminentemente político, de hecho, irrumpe cuando la lógica de las diferencias se sustituye por la lógica de las equivalencias, cuando se dicotomiza discursivamente el espectro de las identidades políticas y sociales (Laclau, 2003, 2005 y 2010). En el último apartado de este trabajo, cuando analicemos las propuestas bipartidistas que el discurso hegemónico de los medios opone a la política “polarizante”, nos detendremos a

desentrañar esta dicotomía entre las lógicas de la diferencia y la equivalencia. Lo que nos interesa destacar ahora es que reducir la política regional a una única noción, y ver en esta noción algo peligroso, también tiene sus explicaciones desde el punto de vista teórico.

En este sentido, afirma Laclau que la catacresis (8) es una operación ineludible del discurso político hegemónico debido a una falla estructural del significante, es decir, del discurso, que es la imposibilidad de dar cuenta de la totalidad social, clausurando provisoriamente su infinitud (Laclau, 2003 y 2005). La noción de sistema —político, social, en definitiva, diferencial— supone la existencia de límites y una exterioridad que, como tal, no pueden ser representados por ningún elemento del sistema más que subvirtiendo y distorsionando su lógica constitutiva, dado que si un elemento interno pudiese representarlo no sería, en sentido estricto, algo externo y ajeno al sistema (Laclau, 1996). La dicotomización del sistema político, entonces, solo es posible cuando opera en el eje de esta distorsión inherente a la hegemonía, consistente en sintetizar —a través de una catacresis— la totalidad del sistema en un significante vacío que lo represente:

Cualquier término que en un cierto contexto político pasa a ser el significante de la falta desempeña el mismo papel. La política es posible porque la imposibilidad constitutiva de la sociedad solo puede representarse a sí misma a través de la producción de significantes vacíos (Laclau, 1996).

Si bien iniciamos estas reflexiones citando algunos episodios recientes del periodismo argentino, es fácil demostrar que el discurso de la polarización, y la apropiación o construcción de significantes vacíos que pone en funcionamiento, no es simplemente una lectura del periodismo local sobre la coyuntura política argentina. Por el contrario, consideramos que es una lectura transversal de ciertos medios —particularmente poderosos y estrechamente vinculados con la derecha política— sobre la coyuntura regional en su conjunto. La Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), por ejemplo, retoma y reproduce a escala continental (9) el discurso amenazante de la polarización y el antagonismo en muchos de sus comunicados:

Marroquín, director del diario guatemalteco *Prensa Libre*, se basó en reiterados actos de hostigamiento contra la prensa en Bolivia y Venezuela, incentivados por la **polarización política** que se manifiesta en enfrentamientos públicos de **grupos antagónicos** (10).

Principalmente, este tipo de comunicados hace eje en los países de la región que impulsan y promulgan leyes orientadas a controlar la concentración de medios de comunicación en determinados grupos empresarios; Venezuela, Bolivia, Argentina, Ecuador, Guatemala y Paraguay son los “ejemplos” más recurrentes. En estas recurrentes referencias puede hallarse una clave de lectura sobre la involucramiento del periodismo en las alertas que reproduce

sobre lo que se designa en términos de polarización: son particularmente polarizadas aquellas coyunturas políticas de la región que han problematizado el rol social de los medios de comunicación. La coincidencia temporal de dichas iniciativas políticas sobre las prácticas del empresariado periodístico no podría comprenderse mediante un análisis inmanente de cada caso particular, es decir, sin adoptar una perspectiva regional. Cabe interrogarse, por lo tanto, qué factores propiciaron la reconfiguración de las fuerzas políticas que derivan en estas disonancias entre el discurso periodístico y la acción política de los gobiernos de la región; nos detendremos un momento para explorar algunos ejes de esta discusión.

En este sentido, se ha destacado con insistencia que el fracaso de las políticas neoliberales implementadas en las últimas décadas del siglo XX por los gobiernos de la región, siguiendo los lineamientos del consenso de Washington, motivó la emergencia de nuevos movimientos y actores políticos que se presentaron como una alternativa contrahegemónica de alcance regional (Mirza, 2006). De hecho, la emergencia y el acceso al poder de estos nuevos actores fueron impulsados por los factores que han sido, según Mires, recurrentes en las revoluciones americanas: fracturas en los bloques dominantes de poder, crisis de legitimación interna y movilización de los sectores subalternos en contra del poder central (Mires, 1988). Es más, la clara oposición al neoliberalismo de los noventa en la región se hace evidente cuando se observa que dicha movilización estuvo muchas veces encolumnada tras el reclamo de un socialismo de tinte latinoamericano (Mirza, 2006).

Estas nuevas formas de movilización en las últimas décadas del siglo XX en América Latina han sido analizadas desde distintas perspectivas. Arditi, por ejemplo, propone recuperar el valor heurístico del concepto de “sociedad civil” junto a la posibilidad de interpretar la movilización como un archipiélago de circuitos de intercambio, lo cual permitiría ampliar la visión política del concepto más allá de las fronteras territoriales que le habría fijado el imaginario liberal (Arditi, 2004). Vilas, por el contrario, señala que lo que suele verse como movilización de la sociedad civil es, en realidad, una reactivación de sus componentes populares; este autor no solo desconfía de la utilidad del concepto de “sociedad civil” para analizar el proceso, sino que también señala restricciones de conceptos como “sujeto” y “clase”, proponiendo, en su lugar, la noción de “pueblo” (Vilas, 1995). A través de un movimiento discursivo diferente, también Laclau propone superar la visión estrictamente “clasista” de los nuevos actores políticos, dado que su diversidad excede tal categoría (Laclau, 2005).

Esta resignificación, a su vez, trastoca las nociones de “popular” y “populismo”. Entre otras propuestas, se ha afirmado que el pueblo es lo resultante de la escisión de la comunidad política cuando el bloque en poder deja de ser “dirigente” para ser “dominante”, es decir, cuando deja de representar las demandas sociales que permitieron la delegación del poder en determinados referentes, perdiendo legitimidad y hegemonía (Dussel, 2007). El pueblo, por lo tanto, no es necesariamente la clase obrera, dado que esta es una categoría económica que no debe entenderse como el único sujeto histórico de las transformaciones políticas. El pueblo es el conjunto de los oprimidos y excluidos que no se reduce a —no se agota en— ninguna clase o movimiento social en particular (Dussel, 2007). En el caso que nos toca más de cerca,

y volviendo a la movilización social en torno a las prácticas del empresariado periodístico de mayor concentración, la Coalición por una Radiodifusión Democrática (11), por ejemplo, implicó la participación de numerosos y heterogéneos colectivos que difícilmente podrían englobarse en la noción de “clase obrera”.

Si bien es cierto que los intereses que defienden medios como *Clarín* y *La Nación* y asociaciones como la SIP son por demás conocidos —merced, muchas veces, a los debates públicos que generan las políticas y legislaciones antedichas— también lo es que sus notas y comunicados tienen un alto impacto debido a la multiplicidad de medios que los reproducen. La potencia y el alcance —es decir, el poder— de estos actores, y los intereses que defienden, se perciben claramente en la procedencia de los “referentes” o “voces autorizadas” que citan para dar cuenta del discurso de la polarización:

Al respecto, Robert Cox, presidente de la Comisión de Libertad de Prensa e Información, expresó su inquietud por el exceso de apasionamiento de la mayoría de los medios de comunicación, inmersos en un debate que muestra síntomas de intolerancia y falta de equilibrio informativo. “Se nota una **peligrosa tendencia a la polarización política** de la prensa que solo puede ir en detrimento del propio periodismo”, dijo Cox, del *The Post and Courier*, Carolina del Sur, Estados Unidos (12).

Como se ve, entre las “fuentes consultadas”, los medios que replican las noticias y comunicados de la SIP, como así también la integración de su directorio, se observa una coherencia evidente y una sumatoria de fuerzas que desafía las iniciativas políticas que buscan imprimir cambios en la distribución del poder. Frente a este panorama, los gobiernos de la región han encontrado importantes aliados en los movimientos sociales que impulsaron y apoyaron las principales medidas al respecto. Valgan como ejemplos la ya mencionada Coalición por una Radiodifusión Democrática en la Argentina, las manifestaciones de Guayaquil en apoyo al presidente Correa en el proceso judicial contra *El Universo* en Ecuador y el colectivo de medios alternativos que conforman la Asamblea de Apoyo a Evo Morales y al Proceso Constituyente en Bolivia. En este sentido, la oposición social al discurso hegemónico de los medios y su imbricación en las acciones de los estados latinoamericanos y sus principales referentes ha seguido derroteros similares a los que tuvieron lugar en otras esferas de la vida política donde los movimientos sociales han tenido un rol protagónico.

Dichas confluencias entre los movimientos sociales y políticos han sido interpretadas, por lo general, favorablemente en el campo intelectual, por entender que la necesaria existencia de organizaciones estables como los partidos políticos puede entablar alianzas, en una suerte de “círculo virtuoso”, con la sociedad civil a través de canales fluidos de participación ciudadana (Caetano, 2006 y Mirza, 2006). Estas nuevas articulaciones entre el Estado y la Sociedad, características de los gobiernos progresistas más “sensibles” a las nuevas demandas sociales de la región —volveremos a tratar el tema las demandas más adelante—, impresionan como

una operación deseable de cuya eficacia depende la construcción de sistemas democráticos efectivamente incluyentes (Caetano, 2006 y Mirza, 2006). Vale decir que en estas alianzas estratégicas no solo está en juego la posibilidad de enfrentar a los grupos económicos que ven con nostalgia los noventa y sus prácticas monopólicas, sino también la legitimidad del sistema político, recuperada progresivamente después del “desencanto” post-neoliberal. En los términos que intentamos encausar el análisis, la noción de “polarización social”, cuando representa los marcos conflictivos y las pujas de intereses que ponen en juego estas iniciativas democráticas, significaría un marco deseable para los cambios propuestos.

Consenso y bipartidismo en el sueño hegemónico

Se suele afirmar que la teoría del discurso desarrollada por Laclau en las últimas décadas reúne la categoría gramsciana de hegemonía, la concepción postestructuralista del significante y el concepto foucaulteano (13) de discurso (Díaz-Bone *et al.*, 2007). Los discursos se conciben, desde esta perspectiva, como fijaciones históricas, y por lo tanto contingentes, de relaciones diferenciales, de lo cual se desprende que toda relación social sería el resultado provisorio de tales fijaciones (Glasze, 2007). Para decirlo sintéticamente, la hegemonía supone la articulación de las identidades —sociales, políticas, culturales— a través de discursos que pretenden “fijar” o “clausurar” el fluctuante entramado social que, por su misma naturaleza, es inaprehensible. Si retomamos nuestra propuesta de ver en el uso de la polarización como categoría amenazante un nodo discursivo (Laclau, 1990 y 2010) distintivo de la actual coyuntura política, parece evidente que las representaciones periodísticas al respecto se condensan y multipliquen en momentos clave de la política regional.

Al respecto, consideramos que el discurso de la polarización emerge, fundamentalmente, cuando tienen lugar los hechos más relevantes del campo político; el caso de la última elección en Venezuela (14) es un claro ejemplo. En nuestro país, para mencionar otro caso, el llamado “conflicto con el campo” significó también para el periodismo hegemónico un escenario propicio para volver a hacer relucir la misma idea, tal fue el caso de un artículo publicado por *La Nación* que comenzaba diciendo... **“Polariza y reinarás: el antagonismo como estrategia. Cien días de conflicto, tensión política y malestar social...”** (15). En muchos casos, además, la pregona polarización viene acompañada en estos discursos por expresiones como “sociedad dividida”, como vimos al comienzo del análisis, y “antagonismo”. Veamos otros ejemplos:

... nos preocupan los continuos ataques a los medios de comunicación y periodistas de uno y otro lado del espectro político del país, motivados por **la polarización y el antagonismo**, expresó el presidente de la Comisión de Libertad de Prensa e Información de la SIP, Gonzalo Marroquín (16a).

A horas de la elección en Venezuela, crecen **la polarización** y las pasiones. Los comicios locales de mañana son clave tanto para el

chavismo como para la oposición. Cada elección en Venezuela renueva las pasiones y **la polarización** (16b).

La alarma y la extrañeza que provocan el antagonismo y la polarización en la prensa regional es portadora de determinadas representaciones sociales sobre la política; a grandes rasgos, se trata de una concepción consensualista que sugiere la posibilidad de una política exenta de conflictos. El poder persuasivo de estas representaciones se sostiene, de acuerdo con nuestro análisis, gracias a la construcción de imágenes amenazantes y sospechosas del sistema político: peligrosos son los políticos y, por lo tanto, la política en sí misma es algo peligroso. Si tenemos en cuenta que el discurso es una práctica significativa que involucra la producción social de significado y, por ende, la acción y las relaciones sociales, resulta evidente que es, por definición, una práctica performativa (Laclau, 2005 y 2010), es decir, una práctica discursiva con efectos sociales. La hegemonía, por su parte, es una práctica discursiva y claramente performativa que se plasma en identidades constituidas sobre la base de una relación de otredad, distinguiendo a los amigos de los enemigos. Esta lógica amigo-enemigo no sería, en consecuencia, una distorsión del sistema, como apuntan las teorías consensualistas de la política, sino el efecto de las prácticas hegemónicas en su intento de estabilizar, clausurar o suturar (17) la falla constitutiva de las identidades políticas y sociales que configuran los sistemas diferenciales (Laclau, 1996, 2003, 2005 y 2010).

Resulta “imposible concebir a la democracia contemporánea sin la presencia de partidos políticos” (Caetano, 2006), es decir, organizaciones estables que se constituyan en torno a determinados proyectos políticos y aspiren a alcanzar el poder mediante procesos electorales. El discurso consensualista de la polarización amenazante, en efecto, no propone una disolución de los partidos políticos sino una articulación de fuerzas políticas que “dialoguen” y “construyan consensos” (18). Y la solución que se propone, como en otros períodos históricos, consiste en asumir como supuesto de partida el carácter “irracional” de los sistemas políticos de la región para postular el ideal democrático de los modelos foráneos (Mackinnon y Petrone, 1998) que se presentan como ejemplos a seguir. Uno de los modelos que aparecen con mayor frecuencia en estas propuestas es el llamado bipartidismo; ahora bien: no se concibe la posibilidad de dos partidos antagónicos sino, por el contrario, se postula la necesidad de un bipartidismo “dialoguista”, noción que reduce el debate político a una mínima expresión. Retomemos las palabras de un representante local con esta orientación política:

... hay **dos clases de regímenes políticos: rotativos y polarizados**. En los regímenes rotativos las principales fuerzas partidarias se alternan pacíficamente en el poder, siendo el papel del pueblo determinar a cuál de ellas les tocará el próximo turno (19).

Esta idealización del consensualismo rotativo alterna, en este tipo de discursos, con otros procedimientos tropológicos —discursivos, retóricos, políticos— que ya hemos apuntado,

tales como la identificación de las coyunturas políticas argentina y venezolana y la demonización del populismo. Como contraposición, la idealización del “diálogo” o el “consenso” como ejes de la política deseada son igualmente recurrentes:

El camino del poder de Cristina Kirchner se abre en dos direcciones. Una de ellas es la profundización de la situación de poder que ella ha alcanzado sin comparación en nuestra historia reciente, hasta llegar a un **liderazgo populista** que podría convertirla en la sucesora de Hugo Chávez en **el sector más radicalizado de América Latina** (20a).

Venezuela: renunció un gobernador al partido de Chávez y criticó su **falta de diálogo**... Se trata del gobernador del estado de Lara, Henri Falcón, quien manifestó que “esta organización está muy lejos de cumplir los fines para los cuales fuera creada” (20b).

Si, como afirmamos al comienzo del trabajo, el “peligro de la polarización” se amalgama en estos artículos periodísticos con imágenes peyorativas sobre la política regional, en oposición al “ideal” de la democracia europea y norteamericana, es evidente que el arreglo político que se presenta como una solución es el bipartidismo rotativo, arreglo que, en términos de Laclau, correspondería a la política consensualista o institucionalista; en términos de la prensa gráfica, se trataría de arreglos que se construyen en torno al “diálogo”. Cabe aclarar, además, que estas lecturas sobre la política regional no son exclusivas de la prensa argentina; veamos el caso de un medio ecuatoriano:

Hugo Chávez Frías cumple mañana una década como presidente de Venezuela [...] Todo en el contexto de una **marcada polarización** y problemas sociales sin resolver [...] Su ascenso al poder mató al viejo **sistema político bipartidista** (21).

Nos extendimos en la transcripción de estas citas para hacer notar que la construcción de las dicotomías bipartidismo-populismo, bipartidismo-polarización, no es casual; de hecho, el populismo es una categoría preferida para quienes ven con resquemor los fenómenos populares (Mackinnon y Petrone, 1998), resquemor que puede rastrearse hasta en algunos textos clásicos de principios del siglo XX como la obra de Le Bon (Laclau, 2005). En el enfoque discursivo de Laclau, radicalmente opuesto al discurso de los periodistas que hemos citado, también se parte de una vinculación entre populismo y antagonismo, pero estas nociones no se emparentan con la degradación o distorsión del sistema político. La clave de análisis que propone el autor implica situar esta vinculación en el corazón mismo del momento político, es decir, el momento en que la lógica consensualista —institucionalista— de las diferencias es sustituida por la lógica populista de las equivalencias (Laclau, 2009).

La diferencia entre ambas lógicas se hace visible cuando se consideran las demandas de los sujetos, como adelantamos en los primeros apartados del análisis. De este modo, en la lógica de las diferencias, las demandas individuales son procesadas por el sistema político, dando como resultado un esquema consensualista. Por el contrario, en la lógica de las equivalencias propia del populismo, la acumulación de demandas insatisfechas lleva a la construcción de esquemas antagónicos que enfrentan a los demandantes con quienes detentan el poder y no satisfacen tales demandas (Laclau, 2003, 2005 y 2010). Vale decir que la heterogeneidad de las demandas se anula parcialmente bajo un signo que la subsume en determinados significantes vacíos —un símbolo, una expresión, la figura del líder— que dotan provisionalmente de significado el sistema. La equivalencia de todas las demandas tiene, a su vez, una relación ambivalente con el significante que intenta representarla: a medida que aumenta la hegemonía, crece en extensión pero, al mismo tiempo, la relación entre los contenidos diferenciales de dichas demandas y los significantes que las representan resultan cada vez más frágiles y precarios (Laclau, 2003 y 2005).

La precariedad constitutiva de la relación hegemónica, vista de esta forma, prepara el terreno para una nueva disrupción, vale decir que funciona al mismo tiempo como motor de la acción política. En la representación periodística del populismo y la polarización como amenazas, por el contrario, la lógica equivalencial aparece en el discurso como un factor que detiene o “adormece” el proceso político, idea que se expresa en términos como... “Quizás el cristinismo dé un paso en falso que alarme incluso a los conformistas, pero quizá, también, la **política del adormecimiento** que practica Cristina continúe hasta el final” (22). En la misma línea discursiva, el proceso se percibe como un obstáculo al desarrollo regional, dado que este solo podría estar garantizado por la rotación bipartidista, siempre presentada como una salida deseada de la lógica equivalencial-populista:

... los **regímenes polarizados** son constitutivamente inestables porque, no pudiendo eludir la inexorable sucesión de los ciclos políticos, al fin de su propio ciclo, y sea este más largo o más corto, ya no sobrevendrá el giro pacífico, suave, de los **regímenes rotativos**, sino el vuelco abrupto, catastrófico, que **es la marca del subdesarrollo político** y, como consecuencia, **del subdesarrollo económico** (23).

La carga peyorativa de las expresiones que se vinculan con los “regímenes polarizados” es por demás evidente en la retórica del discurso que dejan visibilizar estos fragmentos. Al respecto, hemos utilizado en más de una oportunidad durante el análisis la noción “tropológica” para referirnos al aspecto retórico de la articulación hegemónica que propone Laclau. Si bien esta dimensión analítica no se restringe a una mera cuestión lingüística, debido a su concepción amplia de discurso, podría dar cuenta de otras características de las representaciones de las cuales son portadoras las notas de opinión que hemos citado. Particularmente, nos referimos a

las comparaciones (24), catacresis, metáforas y metonimias que caracterizan a las prácticas discursivas hegemónicas:

El nombre —de un movimiento social, de una ideología, de una institución política— es siempre cristalización metafórica de contenidos cuyos vínculos analógicos resultan de ocultar la contigüidad continente de sus orígenes metonímicos. A la inversa, la disolución de una formación hegemónica implica la reactivación de esa contingencia: el retorno de una fijación metafórica sublima a una humilde asociación metonímica (Laclau 2010).

La noción tropológica del análisis político, en consecuencia, implica concebir el tratamiento del lenguaje figurado como una forma de desnaturalizar las construcciones discursivas del ejercicio del poder, dejando al desnudo su carácter fragmentario y contingente (Román Brugnoli, 2007), subrayando que el acto de “nombrar” lo social no es una simple descripción conceptual, sino una operación performativa destinada a dotar de unidad aquello que no la tiene. Particularmente, resulta de interés desentrañar las figuras metafóricas, dado que, si bien el discurso hegemónico explota tanto la metonimia como la metáfora, porque los desplazamientos que implican son una de sus características estructurantes (Laclau, 2005 y 2010) en tanto discurso, “en el caso de la metonimia se mantiene la visibilidad del desplazamiento sintagmático, mientras que la metáfora tiende a eliminar esa visibilidad” (Laclau, 2003). *Mutatis mutandis*, la sociedad no tiene “polos” como la corriente eléctrica ni puede “dividirse” como si fuera un objeto material; nociones como “polarización” y “división social”, tienen un claro origen metafórico.

Asimismo, detrás de expresiones como “paso en falso”, “política del adormecimiento”, “giro pacífico y suave”, o “vuelco abrupto y catastrófico”, solo para ubicar algunos ejemplos en los últimos fragmentos que citamos, subyacen evidentes desplazamientos metafóricos cuyo análisis excedería los alcances de este trabajo, pero nos comprometemos a realizarlo en el futuro. De igual manera, la presentación de un acto político como indicador del “subdesarrollo político y económico”, implica un desplazamiento metonímico, es decir, la acción discursiva de tomar la parte por el todo. Esta forma de ver la articulación de lo figurado en el discurso estructurante de lo social no solo permite identificar sus manifestaciones concretas en “las palabras” de los actores, dado que, entendiendo las prácticas discursivas en sentido amplio, ambos tipos de desplazamientos se manifiestan también en la acción política; de hecho, la diferenciación entre las políticas “institucionalistas” y “populistas” puede traducirse en la diferenciación entre lo metonímico y lo metafórico (Laclau, 2009).

Observaciones finales

El análisis político inspirado en la obra de Ernesto Laclau, entre otros autores, permite desmontar, deconstruir o reinterpretar algunas figuras del discurso periodístico que resultan sumamente recurrentes en el análisis de las coyunturas políticas del contexto local y regional. Allí donde importantes representantes —importantes, al menos, por su trayectoria e influencia en la construcción de la agenda periodística— de la prensa gráfica ven un “peligro” que debe desterrarse, el análisis político contemporáneo ve el desenvolvimiento característico y la naturaleza misma de la política. En contraposición, las imágenes idealizadas de arreglos políticos bipartidistas, consensualistas, institucionalistas o, como muchas veces se designan, “dialoguistas”, pueden ser reinterpretadas como representaciones de una antipolítica ascética que, detrás una aparente neutralidad exenta de conflictos, oculta un programa cuyo eje es el *statu quo*. Dicho en otros términos, las idealizaciones y estrategias discursivas que demonizan las políticas —y los políticos— de la región, presentados frecuentemente como fenómenos vinculados con la “irracionalidad populista”, pueden ser desmontadas cuando se analizan con el tamiz de la teoría política aplicada al análisis del discurso. En este sentido, consideramos que las categorías analíticas de discurso, hegemonía y populismo, puntos nodales de la obra de Ernesto Laclau, pueden ser complementadas con otros conceptos —propuestos por otros autores— que proyectamos incorporar a nuestro análisis en futuros trabajos.

Notas

- (1) Laclau emplea con frecuencia la expresión “tropológica” para referirse al orden retórico de la lógica política, es decir, los tropos discursivos que articulan las identidades y las acciones políticas.
- (2a) Pellet Lastra, “Venezuela y la Argentina: dos países, un modelo similar”, en *La Nación*, 06/10/12. Los refuerzos en negrita, tanto en este fragmento como en los demás que iremos citando, no corresponden a la fuente original. Nuestra intención es hacer más visibles las pautas discursivas que analizaremos.
- (2b) Kirschbaum Ricardo, “Polarización y castigo”, en *Clarín*, 26/07/11.
- (3) Grondona Mariano, “El país, bajo el hechizo de la polarización”, en *La Nación*, 11/07/12.
- (4) Grondona Mariano, “Un retrato anticipado de la polarización”, en *La Nación*, 08/05/11.
- (5) Sin firma, “Un peligro que afecta la región”, en *La Nación*, 15/10/12.
- (6) Morales Solá Joaquín, “Kirchnerismo y chavismo, cada vez más parecidos”, en *La Nación*, 09/10/12.
- (7) En el caso argentino, estos términos se amalgaman con la idea de una “crispación” que también divide las aguas y hace enfrentar a los viejos amigos.
- (8) La catacrexis es el nombre clásico de una figura retórica consistente en designar a través del lenguaje figurado una entidad para la cual no existe un término literal.
- (9) El actual secretario de la SIP es Bartolomé Mitre, ejecutivo del diario *La Nación*, y su presidente es Milton Coleman, ejecutivo de *The Washington Post*. El alcance continental de la SIP es evidente.
- (10) Sin firma, “Preocupa a la SIP agresiones contra la prensa en Bolivia y Venezuela”, publicado en el sitio web oficial de la SIP el 21/08/08.
- (11) La Coalición por una Radiodifusión Democrática, constituida por sindicatos y grupos intelectuales vinculados con la comunicación, llevó a cabo un largo y complejo proceso de construcción colectiva que derivó en los “21 puntos básicos por el derecho a la comunicación” incorporados a la Ley 26522 de Servicios de Comunicación Audiovisual sancionada por el Congreso Argentino en el año 2009.
- (12) Sin firma, “La SIP advierte sobre restricciones a la libertad de prensa en Paraguay”, publicado en el sitio web oficial de la SIP, sin fecha.

- (13) Si bien es cierto que Laclau toma de Foucault el concepto de formación discursiva, no comparte la diferenciación que aquel establece entre prácticas discursivas y no discursivas (Laclau y Mouffe, 1987). Dicho distanciamiento no tiene grandes implicancias para nuestro análisis, dado que estamos analizando el discurso periodístico en su dimensión lingüística o manifestación textual, pero creemos conveniente realizar esta aclaración para avanzar en la discusión.
- (14) Es llamativo que entre las “coincidencias” entre las coyunturas políticas de la Argentina y Venezuela que preocupan a los medios locales de mayor alcance no se haya enfatizado la coincidencia del 54 % que permitió la reelección presidencial en ambos casos. Solamente el programa 678, en un informe emitido días posteriores a la elección en Venezuela titulado “el otro 54 %”, se refirió a tal coincidencia.
- (15) Sábato Hilda, “Polariza y reinarás: el antagonismo como estrategia”, en *La Nación*, 22/06/08.
- (16a) Sin firma, “Preocupación por agresiones contra medios bolivianos”, publicado en el sitio web oficial de la SIP el 11/09/08.
- (16b) Luzzani Telma, “A horas de la elección en Venezuela, crecen la polarización y las pasiones”, en *Clarín*, 22/11/08.
- (17) Laclau recurre frecuentemente al concepto de sutura acuñado en el marco del psicoanálisis (Miller, 1966 y Heath, 1988) para dar cuenta de la práctica hegemónica consistente en clausurar, contingente y discursivamente, la totalidad social.
- (18) Tal vez la agrupación política más afín a esta construcción “dialoguista” o “consensualista de la política sea la que lidera el Ingeniero Mauricio Macri. La Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas, homólogo local de la SIP, sigue la misma lógica discursiva: “Una autocrítica necesaria. Tras la experiencia en Harvard, la Presidenta tiene ahora la oportunidad de reflexionar sobre lo hecho; llamado de ADEPA al consenso republicano...”, en *La Nación*, 02/10/12.
- (19) Grondona Mariano, “El país, bajo el hechizo de la polarización”, en *La Nación*, 11/07/12.
- (20a) Grondona Mariano, “Cristina, entre Evo Morales y José Estenssoro”, en *La Nación* 06/05/12.
- (20b) Sin firma, “Venezuela: renunció un gobernador al partido de Chávez y criticó su falta de diálogo”, en *Clarín*, 22/02/10.
- (21) Sin firma, “Hugo Chávez, de bolivariano a socialista del siglo XXI”, en *El Universo* (Ecuador), 1/2/2009.
- (22) Grondona Mariano, “Un retrato anticipado de la polarización”, en *La Nación*, 08/05/11.
- (23) Grondona Mariano, “El país, bajo el hechizo de la polarización”, en *La Nación*, 11/07/12.
- (24) La comparación que ha aparecido con mayor frecuencia en este análisis es la que homologa la coyuntura política de Venezuela con el actual momento político en la Argentina.

Bibliografía

- Arditi, B. (2004). “Trayectoria y potencial político de la idea de sociedad civil”. *Revista Mexicana de Sociología*, año 66, N.º 1, pp. 1-21.
- Caetano, G. (2006). “Distancias críticas entre ciudadanía e instituciones. Desafío y transformaciones en las democracias de América Latina contemporánea”. En Caetano, G. (comp.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO Libros, pp. 243:269.
- D’ Adamo, O. y García Beaudoux, V. (2007). “Medios de comunicación de masas y percepción social de la inseguridad”. En *Boletín de Psicología*, N.º 90, pp. 19-32.
- D’ Adamo, O., García Beaudoux, V. y Freidenberg, F. (2000). “Efectos políticos de los medios de comunicación. Un análisis de la función de establecimiento de agenda”. En *Psicología Política*, N.º 20, pp. 47-63.
- Diaz-Bone, R. et al. (2007). “The Field of Foucaultian Discourse Analysis: Structures, Developments and Perspectives”. *FQS. Forum: Qualitative Social Research*, Vol. 8, N.º 2.
- Dussel, E. (2007). *Cinco tesis sobre el populismo*. México DF: UAM.

- Glasze, G. (2007). "Proposals for the Operationalisation of the Discourse Theory of Laclau and Mouffe Using a Triangulation of Lexicometrical and Interpretative Methods". *FQS. Forum: Qualitative Social Research*, Vol. 8, N.º 2.
- Heath, S. (1988). "On suture". En *Questions of Cinema*. Bloomington: Indiana University Press. Traducción de Sainz Pezonaga. Reproducido en: *Youkmalí. Revista crítica de las artes y el pensamiento* N.º 6, 2008, pp. 208-225.
- Laclau, E. (1990). "La imposibilidad de la sociedad". En *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2da. Edición, 2000, pp. 103-106.
- (1996). "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política". En *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel, pp. 69-86.
- (2003). "Catacresis y metáfora en la construcción de la identidad colectiva". *Phrónesis. Revista de filosofía y cultura democrática*, Año 3, N.º 9.
- (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2009). "Populismo: ¿Qué nos dice el nombre?" En Panizza, F. (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 51-70.
- (2010). "La articulación y los límites de la metáfora". *Studia Politicae* N.º 20. Córdoba: Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UCA, pp. 13-38.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). "Más allá de la positividad de lo social: antagonismo y hegemonía". En *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI, pp. 105-166.
- Mackinnon, M. y Petrone, M. (1998). "Introducción. Los complejos de la Cenicienta." En Mackinnon, M. y Petrone, M. (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: EUDEBA, pp. 11-56.
- Miller, J. (1966). "La sutura. Elementos de la lógica del significante". En *Matemas II*. Buenos Aires: Manantial, pp. 53-65.
- Mirza, C. (2006). *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina. La construcción de nuevas democracias*. Buenos Aires: CLACSO Libros.
- Román Brugnoli, J. (2007). "What Metaphors Do Sneaky: Discourse and Subject". *FQS. Forum: Qualitative Social Research*, Vol. 8, N.º 2.
- Vilas C. M. (1995). "Actores, clases y movimientos sociales. ¿Dónde quedaron las clases?". *Sociológica*, año 10, N.º 28.